



José Antonio Medina

**LA CAJA
METÁLICA**

La mañana en que vi por primera vez a Víctor Cifuentes, el cielo amenazaba tormenta con unos nubarrones negros que apagaban la luz y quizás eran el presagio de lo que más tarde sucedería. Así comienza el diario de Carmen Cantero en los días anteriores a una muerte que ella misma no preveía. Amalia Delafuente, una mujer argentina harta de su vida fácil y cómoda, se traslada España como voluntaria de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica con el objetivo de ayudar a exhumar una fosa común con víctimas inocentes de la guerra civil española. Sin embargo, Amalia no esperaba encontrar entre los restos de los cadáveres un secreto que iba a cambiar su vida. Ambientada en un pueblo de la serranía de Córdoba, «La caja metálica» es un homenaje a todas las víctimas inocentes de la guerra civil y en especial a los familiares que han tenido que soportar la humillación de no poder atender a sus muertos.

LA CAJA METÁLICA

José Antonio Medina

*Al guerrillero Juan Ramón Maestre y los miles
de muertos anónimos que aún permanecen en
las fosas comunes de este país.*

Prólogo

1937

Los barrotes eran fuertes y recios, para poder retener los sueños y que no pudieran volar libres. Al apagarse las luces en el pabellón carcelario, las sombras se preñaban de los miedos, lamentos y desgracias de las prisioneras como si se tratara de un manto que las ahogara sin dejarlas respirar. Se hacinaban en grupos de doce o trece en pequeñas celdas donde apenas cabían algunos jergones que debían disputarse o dormir tiradas en el suelo. El pelo sucio, los vestidos ajados y llenos de mugre, los cuerpos famélicos y desnutridos marcando en cada surco una pena y un dolor.

Las pesadas botas del soldado de guardia caminaban a paso lento de un extremo a otro del pasillo. Las presas contenían la respiración cuando las pisadas se acercaban. Luego, cuando pasaban de largo, regresaban a sus murmullos cómplices, a los abrazos fraternales para darse consuelo y ánimo en aquella pesadilla que les había tocado vivir sin saber cómo ni por qué. Cosas de la guerra, dijo alguien una vez. Pero esa voz no había tenido que soportar la tortura de verse alejado de todo lo que le importaba y encerrado entre cuatro paredes, acusado de rojo, de traidor a la patria, a una España que se desangraba en dos bandos y sembraba odio y rencor para las futuras generaciones. Cosas de la guerra, sí. De un enfrentamiento que había comenzado un

dieciocho de julio y que llevaba más de un año ya sin que nadie pudiera detenerlo.

Carmen Cantero se sentaba en el rincón más apartado, la espalda contra la pared mohosa y las piernas recogidas entre los brazos. A pesar de no ser una belleza, su rostro imprimía una fuerza a su expresión que no le hacía pasar desapercibida. Ella decía que se parecía a su madre pero que había sacado el carácter de su padre y se enorgullecía de ello. Por eso, por esa indómita actitud con la que se enfrentaba a cualquier situación, había decidido no dejar que ni uno solo de sus pensamientos se escapara y perdiera en el olvido. Su vida quedaría escrita por si no salía con vida de aquella prisión, por si la muerte se le acercaba traicionera y le arrebatava el aliento con su mano fría y sin sentimientos. No en vano su maestro de escuela había elogiado siempre sus buenas dotes de ortografía y redacción. A ella siempre le había gustado contar historias y aquella era la mejor que podía contar, la de su propia vida, escondida en aquel rincón y bajo la luz de una pequeña vela que una de las compañeras de celda le había proporcionado. Su tesoro estaba dentro de una caja metálica. En su interior había todo lo que le quedaba en la vida, los recuerdos felices, los secretos innombrables, amargura, pasión, ternura, odio, miedo. Su cuaderno, pequeño, de lomos negros, escrito con un pedazo de lapicero que ya ni podía sostener con los dedos de lo gastado que estaba. Y la foto. Aquella imagen de Víctor y ella en un tiempo que le parecía tan lejano como si no hubiera existido, aunque habían pasado solo unos meses. Allí dentro se guardaba toda su vida.

Aquella noche no iba a ser una más. Cuando ya las presas dormían, el soldado de guardia apresuró sus pasos hacia la celda de Carmen, se detuvo en la puerta y escudriñó en la

oscuridad hasta que descubrió lo que había venido a buscar. A Carmen apenas le dio tiempo de esconder su caja debajo de sus ropas antes de que el soldado la señalara con el dedo y le dijera a media voz que se levantara de inmediato. Ella pensó que la habían descubierto, que aquel diario secreto que escondía incluso de las miradas de sus propias compañeras era el motivo por el que aquel hombre de uniforme le urgía a salir en medio de la noche. Se alisó el vestido con una mano para disimular el bulto que escondía y se acercó con paso decidido hacia la puerta de la celda. Antes de salir miró hacia atrás y descubrió los ojos en vigilia y llenos de terror de una de las reclusas, como si sospechara que aquel inesperado requerimiento en mitad de la noche no iba a traer nada bueno. Sus ojos se cruzaron durante un instante y Carmen le guiñó un ojo para infundirle algo de coraje. O quizás para infundírselo a ella misma.

—Carmen Cantero, tengo órdenes de trasladarte ahora mismo. Acompáñame.

El soldado esperó impasible a que ella se pusiera en movimiento, con gesto cansino, agotada por todo lo que le había tocado vivir en aquellos meses. Parecía como si el mundo se abatiera sobre ella y la tierra se hundiera bajo sus pies a cada paso que daba. Cualquiera hubiera dicho que se trataba de una anciana que arrastraba el peso del tiempo en cada movimiento. Sin embargo, Carmen Cantero solo tenía veinte años.

1

2007

Ya era tarde cuando Amalia Delafuente Velasco aterrizó en el aeropuerto de Sevilla procedente de Buenos Aires. El vuelo, accidentado debido a una tormenta, había provocado un retraso de varias horas. Para cuando recogió su maleta temió que quien la estaba esperando se hubiera hartado y la hubiera dejado abandonada a su suerte. No imaginaba cómo contactarían con ella ya que solo había dado una breve descripción física en su respuesta por *email*. Mujer de 40 años, morena, delgada, pelo corto, y que tendría en la mirada la inquietud de quien llega a un país extranjero por primera vez sin saber muy bien a qué atenerse.

En aquel momento de incertidumbre, Amalia pensó que quizás había sido demasiado impulsiva al aceptar la invitación como voluntaria a aquella organización que en los últimos meses la había cautivado, llenando las horas perdidas delante del ordenador con las historias y dramas de la guerra civil española. Quizás tampoco valía la pena la fuerte discusión que había tenido con su madre acerca de aquel viaje a España, donde no se le había perdido nada a excepción de un lazo sanguíneo por parte materna. Recordó algunas palabras de su madre, Doña Lucía Velasco Torres, la noche anterior a su partida.

—Eres tan cabezota como tu difunto padre, que en paz descanse. Cuando se te mete algo en la cabeza no hay quien pueda contigo. Dime por qué tienes de marcharte

tres meses a España, así de repente. Desde luego, eso no es lo que he tratado de inculcarte en todos estos años.

Amalia trató de mantenerse serena a pesar de que los reproches de su madre. Alzó la vista para contemplar su dormitorio. Paredes pintadas en un tono *beige*, muebles de caoba de corte clásico, ordenado, sin mota de polvo. En una estantería reposaban los libros de filosofía que ella releía de vez en cuando para darse fuerza y pensar qué hacer con su vida. Necesitaba un cambio. Quería convertirse en una mujer independiente de una vez por todas y sabía que en la quietud acomodada de la casa familiar nunca lo conseguiría. El dinero jamás había sido un obstáculo ni una necesidad en casa de los Delafuente Velasco.

—Mamá, tienes que entender —le dijo con el mayor aplomo que reunió—. Quiero hacer algo útil por una vez en la vida y este viaje me hace mucha ilusión.

La madre clavó sus ojos negros en la hija.

—Siempre igual con las mismas tonterías. Mírate. Tienes cuarenta años y te has convertido en una solterona. A tu edad deberías tener un par de niños correteando por casa y un marido calentando la cama en invierno. Sin embargo, solo te he conocido amigos barbudos que fuman en pipa apestosa y me llenan la casa de humo rancio.

Amalia prefirió echarse a reír antes que hacer caso de las palabras que pretendían herirla para hacerla desistir de su viaje.

—Deberías dar gracias a que, debido a que soy una solterona, no te has quedado sola y sigo cuidando de tus achaques, que no son pocos. Entre ellos este humor de perros que arrastras toda la vida.

—Desvergonzada, ¿cómo te atreves a hablarme de esa manera? —le dijo avanzando hacia ella con los ojos en llamas—. Así me pagas todo lo que te he dado desde que naciste.

Amalia tragó saliva y aguantó el envite. Ya estaba acostumbrada a las salidas de tono de su madre y a sus críticas

constantes.

—El dinero no da la felicidad. Te lo he dicho siempre, mamá.

Amalia dio media vuelta y cerró la maleta de golpe. Cogió su abrigo y trató de despedirse con un beso en la mejilla, pero solo encontró el vacío.

—Vete. Y quédate allí si quieres. No me importa.

Aquellas habían sido las últimas palabras que había escuchado de boca de su madre y que la habían herido más que nunca. Ahora, en aquellos momentos posteriores a su desembarco y ante la incertidumbre de lo desconocido, le pesaban en el alma. Le hubiera gustado marcharse con su beneplácito, un beso en la frente y un *hasta la vuelta* de corazón. Pero el carácter malcarado de doña Lucía era una de sus características. Tenía setenta años pero se conservaba bien a pesar de la edad. Había enviudado hacía ya veinte y nunca se había vuelto a casar. Empleaba su tiempo libre en reuniones sociales, hacer la vida imposible a las sirvientas y a tratar de convertir a su hija en toda una señora casada. Sin embargo, se había estrellado contra un muro. Para Amalia, lo de crear una familia le venía un poco grande. No le apetecía en absoluto tener que aguantar a un marido ni los gritos de un par de mocosos corriendo arriba y abajo. En el ambiente social en que la familia se movía habría sido lo más normal y aconsejable que ella hubiera tomado nupcias con algún banquero de buena posición y que su tiempo libre lo hubiera empleado en reuniones sociales con otras damas refinadas. Igualito que mamá había hecho durante toda su vida. Cotilleos de sociedad, tramas sentimentales, cuernos aceptados, divorcios imposibles y cosas por el estilo. Una vida de la que la hija quería escapar a toda costa.

Amalia cruzó la doble puerta acristalada de la salida y caminó hasta la sala de *Llegadas Internacionales* en medio

del torrente de viajeros que se desperdigaba de un lado a otro. La luz de aquella tarde de principios de abril comenzaba a menguar a través de los ventanales y algún tímido rayo de sol partía en dos la concurrida sala. Se plantó en el centro, mirando de un lado a otro, con su maleta en la mano y una pequeña mochila a la espalda con la imagen del Che Guevara impresa en el frontal que conservaba desde sus tiempos universitarios. Dejó pasar unos minutos hasta que el tumulto se hubo reducido y se fijó con atención en la escasa gente que quedaba. Nadie parecía prestarle atención ni estar buscando a algún viajero en especial. La inquietud la llenó por completo y volvió a maldecirse por ser tan confiada.

—Soy una idiota —masculló entre dientes—. A quién se le ocurre confiar a ciegas en alguien a quien no conoces.

Sacó un cigarrillo de su chaqueta y rebuscó dentro del bolsillo para conseguir su encendedor, a cada minuto que pasaba con más nerviosismo.

—¡Mierda! —exclamó ante la frustración que le provocaba la situación.

En ese momento una voz le hizo volver la cabeza.

—Yo de ti no lo haría.

—¿Perdón? —contestó ella, asombrada por lo que consideraba una intromisión personal.

Delante tenía a un hombre alto, moreno y con barba de tres días. Amalia pensó que era guapo, pero al cabo de un instante volvió a la realidad.

—Está prohibido fumar en el aeropuerto. Nos están jodiendo la vida sin que nos demos cuenta. Esto se parece cada vez más a un estado policial.

Amalia tardó aún unos segundos en comprender. Aquel tipo no estaba tratando de ligar con ella, ni siquiera de ser amable de forma casual.

—Tú eres de la asociación, ¿verdad?

—Luís Carreño —dijo él extendiéndole la mano—. Soy del Foro para la Memoria Histórica. Amalia estrechó su ma-

no sintiéndose aliviada. Era cálida y acogedora y la retuvo un momento más de lo estrictamente cordial.

—Lamento mucho la demora, pero el avión salió tarde de Madrid.

—No te preocupes. Eso es típico de España, lo de llegar tarde, digo. No esperes que nadie se presente a la hora acordada porque entonces te convertirás en un saco de nervios. ¿Quieres comer algo? ¿Una bebida?

—No, no, gracias. Vámonos si quieres.

Se encaminaron hacia el exterior y el aire caliente golpeó el rostro de la mujer con una agradable sensación.

—No pensé que haría tanto calor. En Buenos Aires hacía bastante frío cuando me fui. Creo que este abrigo sobrá.

—Sevilla no siempre es tan calurosa en esta época, pero este tiempo está loco de atar. Dicen que lo del cambio climático lo provocamos nosotros con la polución y toda esa monserga, pero yo no me lo acabo de creer. ¿En Argentina también os bombardean a diario con lo de la polución, el reciclaje y las emisiones de CO₂?

—Allá todo el mundo dice que recicla, pero creo que es más de boquilla que real. Los apartamentos no son tan grandes como para seleccionar tantos desechos. ¿Dónde está tu carro?

—¿Carro? —dijo él sorprendido para luego soltar una risotada—. Mi coche, claro, te refieres a mi vehículo.

—Perdón. Tienes razón. Es que allá le decimos carro al automóvil.

—No te preocupes. Soy un poco lento a veces. De todas formas, no tienes ningún acento argentino. Suenas muy española.

—Eso es porque mi madre y mis abuelos eran de aquí. En casa siempre hemos hablado en español. Pero si vos querés me mando en porteño. Yo no tengo problema —replicó ella con un exagerado acento bonaerense.

Los dos rieron de nuevo mientras se dirigían hacia el aparcamiento a buen paso. Amalia trataba de igualar las

zancadas de su acompañante, pero arrastrar la maleta no ayudaba. Al cabo de unos metros Luis se golpeó la frente con el dorso de la mano y chasqueó la lengua.

—Perdona. No sé qué estaba pensando.

Agarró el asa de la maleta y la levantó del suelo sin esfuerzo. Amalia hizo ademán de protestar porque no quería que pensara que era una de esas mojigatas que esperan que se haga todo para ellas. Sin embargo, su acompañante la desarmó con una amable sonrisa.

—El coche está justo allí —dijo señalando un todo terreno Land Rover de color arena y algo desvencijado.

Luis tenía un aire despistado e inconformista, con su pelo negro algo revuelto y sin asomo alguno de canas. Llevaba camisa azul, con los faldones fuera, y tejanos descoloridos por el paso del tiempo y descosidos a la altura de la rodilla. Su voz era firme pero suave y cuando hablaba movía las manos de forma expresiva, como si la vida dependiera de ello. Amalia le miraba por el rabillo del ojo mientras escuchaba, sentada en el asiento contiguo y la cabeza apoyada en el cristal. Sevilla pasaba ante sus ojos y se mezclaba con los recuerdos de cómo se había aventurado en aquella historia, por pura casualidad aunque también como excusa para escapar de su vida anodina y gris. Desatendió una pregunta de su compañero acerca de algo relacionado con el Parque de María Luisa y fue ella la que le formuló una pregunta directa.

—¿Qué pensaste cuando te pedí que accedieras a mi petición como voluntaria?

Luis se detuvo en un semáforo y aprovechó para mirarla unos instantes. Allí delante de él estaba aquella mujer, una argentina con raíces españolas y aire revolucionario, como si la foto del Che en su mochila la tuviera clavada a fuego en su corazón. Recordaba exactamente cómo contactaron, a través de un Chat de Internet al que él acudía de vez en cuando. La conversación entre ellos fue fluida desde el primer instante y cuando él le explicó a qué se dedicaba, ella

se había sentido fascinada. Estuvieron cerca de cuatro horas hablando sin parar y cuando la conversación llegó a su fin, Amalia ya le había pedido formar parte del grupo de voluntarios que iba a ponerse manos a la obra al cabo de un par de días. Ahora la tenía allí, a su lado, mirándole inquisitivamente y esperando una respuesta.

—¿Qué pensé de ti? No es fácil de explicar, pero me alegró mucho saber que aún queda gente por el mundo que puede dejarlo todo y lanzarse tras un sueño, a una aventura desconocida donde la única recompensa es hacer el bien sin esperar nada a cambio. Eso es lo que pensé cuando nos despedimos aquella tarde en el Chat. Y ahora, déjame hacerte una pregunta a ti antes de que el semáforo se ponga verde. ¿Siempre eres tan impulsiva en todo lo que haces?

Amalia dejó entrever una lacónica sonrisa.

—Siempre que puedo. Lo demás es aburrido. Me educaron en un ambiente serio y restringido que no iba para nada con mi forma de ser. Por eso siempre he estado enfrentada a mi madre toda la vida. Desde que mi padre murió todo fue a peor y la convivencia es muy difícil.

—Espero que no trates de buscar aquí la solución a tus problemas. La solución está en tu interior, no en un proyecto al otro lado del charco —dijo él poniendo el vehículo en movimiento.

Amalia no respondió. Volvió a reposar la cabeza contra la ventanilla y dejar que los recuerdos de su primera conversación con Luis le inundaran la cabeza. No había cogido un avión y se había plantado en España por escapar de su hogar. Sabía que había sistemas más fáciles para rehacer una vida. Lo que la había impulsado a recorrer miles de kilómetros y enfrentarse a un reto como aquel era la pasión que él le había contagiado desde el primer momento. La historia de Luís Carreño seguía fresca en su memoria a pesar de las semanas transcurridas. Él había comenzado su relación con el Foro de Andalucía tres años atrás como volun-

tario, cuando acababa de cumplir los cuarenta. Su implicación había sido tal que los responsables de la organización le habían situado en un puesto de confianza. Procedía de Barcelona y su infancia había estado plagada de fantasmas e historias sobre los demoníacos fascistas que habían asesinado a su abuelo allá por el 37. Como la suya, miles de historias de asesinatos se habían extendido en los últimos años desde que el juez Garzón hubiera dado vía libre a la exhumación de restos de fosas comunes de la guerra civil. De algunas se sabía su ubicación exacta pero hasta la fecha había sido ilegal desenterrar a los muertos para proceder a su identificación por ADN. De otras muchas, simplemente se sospechaba dónde podría haber estado el fatídico lugar, basado en los relatos de los testigos que más tarde perderían en el tiempo. Era un secreto a voces en la mayoría de pueblos de toda España pero que permanecía latente y callado, agazapado en la oscuridad hasta que llegara su hora. Y desde hacía cierto tiempo la esperanza había llegado a las casas de miles de familiares con muertos en las cunetas o en la mitad de cualquier campo y que luego habían sido lanzados sin ningún respeto al interior de una zanja, hacinados en el viaje a la vida eterna como animales en el matadero.

Luís había mamado esas historias de boca de su padre, un huérfano republicano que había soportado durante toda su vida que el único contacto paterno hubiera sido la fotografía en blanco y negro que siempre llevaba en la cartera, junto al corazón. Quizás por ello, Luís decidió que la mejor manera de rendirle tributo a él y a todas las víctimas de aquella guerra infame era la de trabajar codo con codo con todas las víctimas como él mismo.

La primera vez que había abierto una fosa junto a sus compañeros del Foro su corazón había latido con fuerza y sus tripas se habían removido. El olor de la tierra húmeda en aquel día oscuro y gris se mezcló con los llantos de algunos ancianos que presenciaban con rabia y dolor los esque-